

# Patente de curso<sup>1</sup>

por Arturo Pérez-Reverte

Cada mañana desde hace diez o doce años, poco antes de las nueve, un hombre solitario se detiene ante la barandilla<sup>2</sup> al pie del obelisco egipcio, frente al **palacio de Montecitorio**, en **Roma**, a cincuenta pasos de la entrada principal del edificio que alberga<sup>3</sup> el Parlamento italiano.



Es un individuo de pelo gris que ya escasea<sup>4</sup> un poco, al que he visto envejecer, pues con frecuencia paso por ahí a esa hora cuando me encuentro en esta ciudad, camino<sup>5</sup> del bar donde desayuno en la plaza del **Panteón**.



Da lo mismo que sea invierno o verano, que haga sol o que llueva: apenas hay día en que no aparezca.

Siempre va razonablemente<sup>6</sup> vestido, con aspecto de empleado, o de funcionario.

Más bien informal.

Y lleva siempre una pequeña mochila, o una cartera colgada del hombro.

En eso ha ido cambiando, porque ahora lo veo más con la cartera.

El procedimiento es rutinario, idéntico cada día.

---

<sup>1</sup> kaperbrief

<sup>2</sup> (balaustrada) balustrade

<sup>3</sup> herbergt

<sup>4</sup> schaars is

<sup>5</sup> op weg naar

<sup>6</sup> treffelijk

Se detiene ante la barandilla, frente a la fachada del palacio –supongo que camino<sup>7</sup> del trabajo–, saca un papel doblado que despliega con parsimonia<sup>8</sup>, y con una voz sonora y educada utiliza el papel como guión<sup>9</sup> o referencia de citas para el discurso que viene a continuación, diez o doce minutos de oratoria<sup>10</sup> impecable, bien hilada<sup>11</sup>.

Un breve discurso diario, allí solo, bajo **el obelisco**, ante la fachada muda<sup>12</sup> del Parlamento.



A veces me detengo a cierta distancia, por no molestarlo, y escucho atento.

El discurso no suele ser gran cosa, y a menudo repite conceptos.

No insulta, no es agresivo.

Por lo general se trata de una especie de reprensión<sup>13</sup> moral en la que menciona artículos de la Constitución o crítica, casi siempre de modo general, situaciones concretas de la política italiana.

Cosas del tipo «Todo gobernante debe asegurar el derecho al trabajo de los ciudadanos», o «La corrupción política no es sino el reflejo de la corrupción moral de una sociedad enferma y a menudo<sup>14</sup> cómplice».

De vez en cuando desliza<sup>15</sup> asuntos personales, injusticias de las que es o ha sido objeto, aunque sin alejarse<sup>16</sup> nunca del interés común, del enfoque<sup>17</sup> amplio<sup>18</sup>.

Siempre es educado, coherente y sensato<sup>19</sup>.

No parece el suyo discurso de un loco, ni expresión patológica desaforada<sup>20</sup> de una obsesión.

Parece sólo un ciudadano que lleva diez o doce años dolido<sup>21</sup> por lo que ocurre ante sus ojos, y que cada mañana acude ante el lugar que considera eje principal de esos males, a denunciarlo en voz alta, con palabras mesuradas y sensatas.

Lo que cada día convierte la escena en conmovedora<sup>22</sup> es que ese hombre está solo.

---

<sup>7</sup> op weg naar

<sup>8</sup> (moderación) afgemetenheid

<sup>9</sup> schema

<sup>10</sup> (retórica) retorica

<sup>11</sup> gelaagd

<sup>12</sup> stomme

<sup>13</sup> vermaning

<sup>14</sup> vaak

<sup>15</sup> (dice) zegt langs zijn neus weg

<sup>16</sup> (quitar del pensamiento) van zich afzetten

<sup>17</sup> (análisis) benadering

<sup>18</sup> (extenso) veelomvattend

<sup>19</sup> verstandig

<sup>20</sup> buitenissig

<sup>21</sup> verdrietig

<sup>22</sup> aandoenlijk

El lugar, frente a Montecitorio, es escenario habitual de protestas ciudadanas, y a menudo hay carteles reivindicativos; o algo más tarde, a la hora de entrada de los diputados, se reúnen cámaras de televisión y ruidosos grupos de manifestantes que abuchean<sup>23</sup> o vocean<sup>24</sup> consignas<sup>25</sup>.

Sin embargo, a la hora en que nuestro hombre se presenta no hay nadie.

Sólo un par de **carabinieri** que pasean aburridos por la plaza desierta y algún turista que se asoma<sup>26</sup>, curioso, por la ventana de un hotel próximo.



Y es allí, en aquella soledad, ante la puerta vacía del Parlamento, donde se alza esa voz serena y desafiante<sup>27</sup>, pronunciando palabras que suenan clásicas y hermosas: reprensiones morales, llamados a la conciencia, sentencias que todo ciudadano honrado, todo político decente, deberían tener por su evangelio.

Y después, cada vez, acabado el discurso, nuestro hombre dobla despacio el papel, lo guarda en la cartera y se va dignamente, en silencio.

Mesurado como un ciudadano de la antigua Roma.

Cada vez, viéndolo marcharse con tan admirable continente<sup>28</sup>, no puedo evitar pensar en los otros: sus ilustres antecesores.

Pensar en los Gracos, en Cicerón pronunciando ante el Senado su inmortal «*Quousque tandem abutere, Catilina, patienta nostra*».

En Bruto, Casio y los que ensangrentaron la túnica de César.

En los hombres flacos de sueño inquieto de los que hablaba Shakespeare, cuyos ojos abiertos los hacen incómodos para los tiranos y los canallas.

En los hombres justos de aquella Roma republicana, embellecida por la Historia, pero cuyos ejemplos formales tanto influyeron en el mundo, en los derechos y libertades de los hombres que supieron regirse a sí mismos.

En la conciencia moral, superior hasta en las actitudes<sup>29</sup> –y quizá superior, precisamente, a causa de ellas–, que tanto sigue necesitando esta Europa miserable y analfabeta, este compadreo<sup>30</sup> de golfos<sup>31</sup> oportunistas que nos desgobierna y del que también somos responsables, pues de entre nosotros mismos, de nuestra desidia<sup>32</sup> e incultura, han nacido.

En el consuelo casi analgésico de escuchar cada mañana, todavía, la voz serena de un último romano.

---

<sup>23</sup> uitjouwen

<sup>24</sup> schreeuwen

<sup>25</sup> (esloganes) slogans

<sup>26</sup> zich vertoont

<sup>27</sup> uitdagend

<sup>28</sup> (moderado) ingetogen

<sup>29</sup> (disposición) houding

<sup>30</sup> (amigos) goede maatjes

<sup>31</sup> (vagabundos) schooiers

<sup>32</sup> (indiferencia) onverschilligheid